

Habacuc 1:1-3, 2:1-4

Sermón Habacuc 1:1-3; 2:1-4 Vigésimo domingo después de Pentecostés. 2 Tim 1:3-14; Luke 17:1-10 286, 224, 246

“Profecía que el profeta Habacuc recibió en una visión «¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves? ¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea tanta maldad? Ante mí solo hay destrucción y violencia; pleito y contienda se levantan.” ...

“«En mi puesto de guardia estaré, sobre la fortaleza afirmaré el pie. Velaré para ver lo que se me dirá y qué he de responder tocante a mi queja. »Jehová me respondió y dijo: “Escribe la visión, grábala en tablas, para que pueda leerse de corrido. Aunque la visión tarda en cumplirse, se cumplirá a su tiempo, no fallará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no tardará. Aquel cuya alma no es recta se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá”.” (Habacuc 1:1-3, 2:1-4)

Cuando miramos alrededor a la sociedad que nos rodea, frecuentemente nuestra reacción es: “Dios mío, ¿cómo pueden estar pasando tantas cosas? Hay tanta maldad, tanta injusticia, tanta enfermedad, tanta violencia, tanto fraude”, y la lista continúa. ¿Por qué Dios no interviene y pone fin a tanto abuso e injusticia? ¿Por qué no castiga Dios de una vez a los malvados para que sus cristianos puedan vivir en paz? Si Dios realmente es rey de todo, ¿por qué no muestra su poder y libra a su pueblo?

Ahora retrocedemos más de 2,500 años. Es el tiempo en que el reino de Judá se apresura a su fin. El último rey piadoso, Josías, está muerto. En su lugar reina un rey infiel que persigue a los profetas de Dios, una sociedad que se ha olvidado del amor, un lugar donde cada uno parece tratar de exceder al otro en la injusticia y la explotación. Y el profeta Habacuc ve todo esto, y también pregunta: “¿Por qué?” “¿Hasta cuándo?” “¿Por qué no respondes, Señor?”

Vemos que no hay nada de raro que hagamos estas preguntas. Pero lo importante que muestra nuestro texto es en dónde podemos encontrar la única respuesta válida y consoladora. Porque en base de este texto vemos que **La fe es la respuesta a nuestros interrogantes y dudas**. La fe es la respuesta a la pregunta de por qué Dios permite tanta injusticia y violencia. Y la fe es la respuesta a la pregunta de por qué Dios gobierna el mundo en la forma en que lo hace.

Habacuc fue un fiel creyente y profeta. Le apenaba ver lo que pasaba en su país. Trató de hacer lo que pudo para corregir el mal, para llamar a sus conciudadanos al arrepentimiento. Y todo parecía en vano. En vez de producir resultados, parecía que la gente se iba de mal en peor. Como muchos fieles cristianos hoy día también, le llegaron a la mente dudas. Preguntas como “¿qué vale?” ¿Para qué seguir predicando si la gente no quiere escuchar? ¿Para qué seguir anunciando el juicio, cuando parece que Dios mismo es indiferente al sufrimiento y la injusticia? ¿No sería mejor olvidarme de todo eso y volverme indiferente a lo que parece que soy impotente para cambiar?

“¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves?” ¿Cuántas veces no vemos algo que nos molesta u ofende, algo que parece una injusticia, o una situación que parece no tener alivio, y lo llevamos a Dios en la oración, y — ¡y nada! Parece que Dios está sordo. O tal vez que no le importa. Que es indiferente al sufrimiento que experimentamos o que vemos en nuestro alrededor. Oramos, y esperamos, y nada parece cambiar. “¿Hasta cuándo?” ¿Cuántas veces esta queja no ha escapado también de nuestra boca?

“¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea tanta maldad? Ante mí solo hay destrucción y violencia; pleito y contienda se levantan”. Sigue quejándose el profeta. Le gustaría una explicación. ¿Por qué en vez de liberación parece haber siempre más abuso y violencia? ¿Por qué permite Dios que aun entre los que deben ser hermanos, hay pleitos y contiendas, llevarlos al tribunal para tratar de obtener la ventaja para sí mismo. Y las cortes mismas, ¿de qué hablar? —están tan corruptas que nada se resuelve con justicia.

En lo demás del capítulo uno, Dios responde a Habacuc, pero no en la forma que él esperaba. Le aseguraba que aunque tardara, llegaría el castigo de la injusticia y la impiedad. Pero le dice que su instrumento para aplicar el castigo serán los temidos babilonios. “Mirad entre las naciones, ved y asombraos, porque haré una obra en vuestros días, que, aun cuando se os contara, no la creeríais. Porque yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma proceden su justicia y su dignidad. Sus caballos son más ligeros que leopardos, más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán. Vienen de lejos sus jinetes, vuelan como águilas

que se apresuran a devorar. Toda ella acude a la violencia; el terror va delante de ella, y recoge cautivos como arena. Se mofa de los reyes, y de los príncipes hace burla; se ríe de las fortalezas, levanta terraplenes y las toma. Luego pasa como el huracán, y peca porque hace de su fuerza su dios” (Hab. 1:5–11).

Esto por seguro no fue la respuesta que esperaba Habacuc. ¿La destrucción de la nación a manos de los crueles babilonios? ¿Cómo podría Dios hacer eso con su pueblo, a pesar de sus muchos pecados? Seguramente los babilonios eran bastante peores. ¿Y no resultaría en que los pocos fieles del país, en vez de ser liberados, sufrirían tanto más al perder su patria y ser exilados en tierra desconocida? “Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, Roca, lo estableciste para castigar. Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué, pues, ves a los criminales y callas cuando destruye el impío al que es más justo que él?” (Hab. 1:12–13). Compara la acción de Dios por medio de los babilonios como pescar con una red. Arrastra a buenos y malos por igual. ¿Cómo puede eso ser justo? ¿Así va a seguir siempre? “¿Vaciará sin cesar su red y seguirá aniquilando sin piedad a las naciones?” (Hab. 1:17).

Habacuc no entiende. Le parece inexplicable la manera en que Dios gobierna el mundo. Hasta le hace dudar si puede seguir con su ministerio como profeta. Pero hace una cosa bien. En vez de proceder a la plena desesperación y la apostasía, o a la amargura que lo paralizaría, acude a Dios mismo para buscar las respuestas. Así que dice el primer versículo de capítulo 2. “En mi puesto de guardia estaré, sobre la fortaleza afirmaré el pie. Velaré para ver lo que se me dirá y qué he de responder tocante a mi queja” (Hab 2:1).

La verdad es que Dios no respondió directamente las preguntas de Habacuc, más que lo hizo con los interrogantes de Job en su aflicción. Y tal vez no responderá tampoco a nuestras dudas e interrogantes en una forma que satisfaga nuestra razón o nuestros conceptos abstractos de la Deidad. Pero lo que hace aquí es algo mucho mejor, algo que satisface el alma que acepta la seguridad y consuelo que Dios ofrece a Habacuc.

“Jehová me respondió y dijo: ‘Escribe la visión, grábala en tablas, para que pueda leerse de corrido. Aunque la visión tarda en cumplirse, se cumplirá a su tiempo, no fallará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no tardará’” (Hab. 2:2–3).

Habacuc había dicho, en medio de expresar sus dudas en el primer capítulo: “No moriremos”. Sabía que Dios había prometido que su pueblo escogido tenía futuro. Que había prometido que de esa nación tendría que nacer el que sería el Salvador del mundo. Lo que no entendía era cómo, si Babilonia seguía oprimiendo y destruyendo y asolando, eso podría ocurrir. Y esencialmente Dios le dice que no tiene que saber cómo. Sólo tenía que saber que en verdad Dios cumpliría lo que había prometido. Tiene un mensaje para proclamar también para los demás que todavía se quedaban fieles para poder afrontar el desastre que se avecinaba. Debía escribir el mensaje en tablas con letras grandes y claras, tanto que una persona que corría podía leer y entender el mensaje. La promesa de Dios quedaba firme. Llegaría el momento. No llegaría ni un minuto después del momento que Dios había determinado. Tal vez no llegaría cuando deseaba Habacuc u otros de sus contemporáneos. Pero definitivamente vendría el cumplimiento de todas las grandes promesas de Dios. Como dice el hebreo, la promesa jadeaba en su prisa para llegar a su cumplimiento. Así que no te desespere, Dios le dice a Habacuc, sino espera. “Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no tardará”.

Sólo hay que aferrarse con fe a lo que Dios ha prometido. Prometió que después de sufrir la derrota a manos de los babilonios, Dios haría que un pueblo purificado volviera a su tierra y volviera a edificar su ciudad y templo. Y regresaron, al cabo de los setenta años que el contemporáneo de Habacuc, Jeremías, había predicho. Prometió que vendría el Cristo, y como informa Pablo a los Gálatas: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley” (Gal. 4:4). Prometió que el evangelio sería proclamado en el mundo entero antes que llegara el fin, ¿y en dónde queda el país que nunca ha escuchado el evangelio o la lengua que no formará una parte de la gran multitud que nadie puede enumerar de Apocalipsis 7? Prometió que si iba para preparar lugar para nosotros, volvería para llevarnos para estar con él. Esa promesa aún no se ha cumplido, pero es tan segura como cualquiera de las anteriores en que Dios ha demostrado su fidelidad.

Así que, la verdadera respuesta a nuestros interrogantes y dudas es la sencilla fe en las promesas de Dios. Él no miente. En Cristo y en su muerte por nuestros pecados y resurrección a la vida, la victoria ya es nuestra también. No siempre tendremos una

respuesta que satisfaga nuestra razón a todas nuestras dudas. Pero por fe podemos estar seguros de la salvación que Dios ha prometido. “Aquel cuya alma no es recta se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4). Así en medio del sufrimiento presente, en medio de la injusticia y la opresión de la vida, en medio de las dudas e interrogantes que nos sucedan ahora también, como Habacuc, acudamos a Dios en su palabra para las respuestas, y aferremos en fe a lo que nos promete allí. No nos desilusionará. “El justo por su fe vivirá”. Amén.